

Estudios de Traducción

ISSN: 2174-047X

<http://dx.doi.org/10.5209/ESTR.53031>EDICIONES
COMPLUTENSE

LÉRMONTOV, Mijaíl: *Poemas / Poesías líricas*. Edición bilingüe de Mijaíl Chílikov. Cátedra: Madrid 2014. Col. Letras Universales. Vol. 484. 286 pp.

Mijaíl Yúrievich Lérmontov (1814-1841) es uno de los mejores poetas rusos del siglo XIX y, sin duda, de todos los tiempos. La edición bilingüe de *Poemas / Poesías líricas* llevada a cabo por Mijaíl Chílikov y editada por Cátedra en su colección Letras Universales, permite una aproximación a la obra poética de un genio de las letras que, en palabras de V. Belinski (1811-1843): “habría ido más allá de Pushkin”. Lérmontov, de hecho, tan solo sobrevivió cuatro años a la muerte de A. Pushkin (1799-1837), poeta al que profesaba una profunda admiración. Desaparecido a la edad de 26 años, fue asesinado con premeditación por un antiguo compañero de la Escuela de Cadetes llamado Martínov, como deja claro Mijaíl Chílikov en su introducción. El poema *La muerte del poeta*, dedicado a honrar la memoria de Pushkin y denunciar la mezquindad de sus asesinos, fue el desencadenante para que las autoridades zaristas lo acosaran hasta lograr acabar con su vida; no obstante, este también fue el período más prolífico e inspirado en la obra del autor. Lérmontov escribía jugándose la vida, de ello dejan constancia los últimos versos del citado poema escrito en 1837: “Mas hay, sabed, hay Juicio Divino, / un juicio severo e implacable, / que lo conoce todo ¡asesinos! / y ante el oro es insobornable. / A la mentira en balde acudiréis, / de nada os servirá, por muy abyecta. / ¡Con vuestra sangre negra no podréis / lavar la sangre justa del poeta! //”.

Probablemente la causa eficiente, en términos aristotélicos, del origen de la muerte de Lérmontov se remonte a un problema burocrático. El poeta abandonó la Universidad de Moscú, tras fuertes disensiones con el profesorado moscovita, con la intención de trasladarse a la Universidad de San Petersburgo. Sin embargo, en la Universidad de San Petersburgo le negaron la convalidación de los estudios realizados en Moscú, lo que le obligaba a volver a comenzar sus estudios desde el principio. Desalentado, tras una serie de “breves pero tormentosas vacilaciones” y siguiendo el consejo de sus familiares, como explica M. Chílikov en la introducción a la vida del poeta, Lérmontov optó por la carrera militar e ingresó en la mencionada Escuela de Cadetes, donde estuvo de 1832 a 1834. La instrucción en esta estricta escuela militar rusa supuso, en palabras del poeta, “dos años horribles”. Nadie sabe lo que hubiera ocurrido si Lérmontov hubiera terminado su carrera de letras en la Universidad de San Petersburgo, lo que está claro es que la carrera militar de Lérmontov y la difusión del poema *La muerte del poeta* provocaron que una orden zarista trasladara al poeta de un cuartel cercano a San Petersburgo al Cáucaso, en concreto, al Regimiento de Dragones de Nizhegórod donde se relacionó con otros autores decembristas como, por ejemplo, el poeta Alexandr Odóyevski.

La estancia y el interés por el folclore de los habitantes del Cáucaso tiene su reflejo en la obra poética y narrativa de Lérmontov, sobre todo, en su novela *Un*

héroe de nuestro tiempo, que ha ejercido después una enorme influencia en autores de la talla de Vladimir Nabokov (1899-1977), quien la tradujo al inglés y le dedicó un lucidísimo prólogo. Tras los años de confinamiento en el Cáucaso, Lérmontov fue nuevamente trasladado en 1838 al Regimiento de Húsares de Grodno, cerca de Nóvgorod. Este traslado supuso que Lérmontov conociera el éxito social como poeta de renombre y en el que la sociedad rusa de su tiempo veía al sucesor de Pushkin. Este reconocimiento de las clases altas de San Petersburgo traería consigo nuevas impresiones negativas en el poeta. M. Chílikov cita una carta para dar muestra de esta desazón lemontoviana: “en ninguna parte hay tanta ruindad y ridiculez como allí...”. El pretexto de que Lérmontov se había batido en duelo con el hijo del embajador de Francia, Ernest de Barant, sirvió a las autoridades para obligarle de nuevo a marcharse al Cáucaso e incorporarse al Regimiento de Infantería de Tenginsk.

Muchos de sus poemas y cartas de esta época muestran a un Lérmontov preso del desasosiego y del que se habían apoderado malos presentimientos tras conocer la noticia de este nuevo y peligroso destino. No se equivocaba: no saldría de allí con vida. El poeta llegó a Piatigorsk en mayo de 1841, donde se reencontró con varios compañeros de la Escuela de Cadetes. Entre ellos se encontraba un grupo conocido, paradójicamente, como “juventud dorada” y que no veía con buenos ojos la rebeldía política de Lérmontov y su simpatía con los círculos decembristas, de modo que comenzó a conspirar contra él y a urdir la trama de su asesinato definitivo. Una nueva excusa, al parecer una broma de Lérmontov, sirvió para que el tal Martínov lo retara a duelo el 15 de julio de 1841. El poeta, pese a que le correspondía por turno disparar primero, disparó al aire. Las normas del duelo prohibían expresamente herir de bala al adversario que hubiera disparado primero al aire; a pesar de ello, Martínov se acercó a Lérmontov y le disparó a bocajarro en el pecho acabando con la vida del poeta que corría el mismo trágico destino que el protagonista de *Eugenio Oneguín* y el propio Pushkin, cuya memoria había defendido en sus versos. Por cierto, *Eugenio Oneguín* de Aleksandr Pushkin se encuentra editada en versión bilingüe y traducida para Cátedra también por Mijaíl Chílikov en su volumen 299 de la colección Letras Universales.

“Lavar la sangre justa del poeta” es lo que se ha propuesto Mijaíl Chílikov con la edición de este libro titulado *Poemas / Poesías líricas*. El libro conforma, por un lado, una antología de los poemas narrativos más importantes de Lérmontov como “El Demonio”, “Mzyri” y “El fugitivo”; por otro, supone una verdadera antología de la premonición de la muerte del poeta en el que destacan, entre otros, los poemas “La muerte del poeta”, “Tres palmas”, “El gladiador moribundo”, “Porque”, “Hoja de roble”, “Un ramo de Palestina” y “Sí, no soy Byron”.

El libro comienza con una breve e interesante introducción a la vida y obra del poeta en la que se presta especial atención a la composición de “El Demonio”, pues fue el poema al que Lérmontov dedicó la mayor parte de su corta vida y que le mantuvo obsesionado durante largo tiempo, ya que incluso llegaba a escuchar en su interior los largos monólogos y la voz de su personaje principal. Lérmontov dedicó a su composición diferentes reescrituras que abarcan la década de 1829 a 1839. Tras la introducción, se aporta una cronología de la vida del autor y una práctica bibliografía en la que destacan los estudios sobre el autor traducidos al español, sobre todo, los de compañeros de estudios del propio Lérmontov en Moscú como V. G. Belinski o A. Herzen (1812-1870).

La cesura entre ambos bloques de poemas está clara desde la traducción de sus títulos y ayuda al lector a la hora de afrontar la lectura. Chílikov traduce y designa con la palabra “poema” las composiciones de índole épica y, por tanto, narrativa, que conforman los tres primeros ciclos de poemas concatenados; mientras que con “poesía lírica” se refiere a aquellos poemas que forman un conjunto en sí mismo y que no tienen un marco narrativo más allá de la unidad emocional del yo poético o, simplemente, no son tan extensos como para considerarlos un poema épico como es el caso de “Tres palmas”.

El esfuerzo del traductor por versionar de una manera digna al castellano la sintética lengua rusa es digno de elogio. Para la traducción de los poemas épicos se ha escogido la sonoridad del arte menor en octosílabos, tan propia del romancero español, y se ha respetado la rima en consonante allí donde era posible respetarla, y en asonante si no era posible. Esta decisión, sin duda valiente y arriesgada, obliga en muchos casos a extender el número de versos de los poemas y a utilizar todo tipo de figuras literarias. Entre ellas se cuentan el hipérbaton, que lleva hasta su límite a la gramática española; el uso de palabras arcaizantes que posibiliten el encaje prosódico, como el uso de *do* para la palabra *donde*; la utilización de formas verbales apocopadas y la reiteración de adjetivos, adverbios y tiempos verbales como el imperfecto de indicativo que permitan el encaje de la rima. Quisiera asimismo alabar la calidad de las aliteraciones que tienen lugar en algunos versos como en el VII poema de “El Demonio”: “Aquella voz tan suave era / tan melodiosa cual si fuera / divino son del salmo santo //”. En ocasiones resulta sobrecogedora la belleza de la traducción de pasajes como el diálogo del décimo poema entre Tamara y el Demonio: “Desde la misma creación / del mundo llevo estampada / tu imagen en mi corazón, / tu nombre siempre me sonaba / en la mudez del Universo, / mientras sin meta divagaba / en sueños plácidos inmerso //”.

Pocos reproches se pueden hacer a una traducción tan complicada de realizar desde el criterio propuesto por M. Chílikov. Solo en la traducción del poema “Mzyri”, que relata la vida de un monaguillo georgiano huérfano, es donde se vislumbran ciertos errores de forma. En ciertas partes de los poemas se fuerza tanto la sintaxis que da lugar a expresiones erróneas desde el punto de vista gramatical, por ejemplo, en los poemas número 16 y 23 del citado ciclo: “Pero allí, sufriendo tanto, / di rienda suelta a mi llanto / y sólo luna en el cielo / era testigo de mi duelo. / Iluminado por su frío / haz pálido, delante mío / se abría un claro arenoso. / [...] ;Qué placidez, adormecido, sentía en el frescor sumido! / Rizaba el viento encima mío / la superficie del río [...] //”.

Pese a estos leves errores gramaticales, algunas erratas tipográficas como la de la página 30 y ciertas vacilaciones en el registro lingüístico provocadas por la elección arcaizante del vocabulario —por ejemplo, *tristor* para *tristeza*, o como en el poema “El fugitivo”, el uso de los adjetivos *lueñe* para *lejano* y *mohíno* para *pesaroso* o *triste*—, la traducción o, mejor dicho, la versión de los poemas hecha por Mijaíl Chílikov es magnífica en su conjunto y conforma una lectura muy placentera, incluso de una calidad poética impresionante en sí misma. Prueba de ello es la traducción en endecasílabos del poema “Porque”: “Me siento triste porque yo te amo / y sé que el pérfido rumor mundano / profanará tu juventud florida, / y cada dulce instante de tu vida / lo pagarás con lágrimas un día. / Me siento triste... viendo tu alegría //”.

Añade un inmenso valor a la edición, ya de por sí estimable, la inclusión de los dibujos de Mijaíl A. Vrubel (1856-1910) basados en “El Demonio” de Lérmontov,

intercalados por el editor entre los pasajes de los poemas y que son una muestra excepcional del influjo que pudieron tener las palabras del poeta moscovita en la cultura rusa tras su muerte.

Mijaíl Chílikov honra con esta edición la figura del gran poeta que fue y que pudo haber sido Lérmontov con la sensibilidad y el rigor que se merece un talento que fue asesinado apenas con veintiséis años y que, al igual que Pushkin, presagió su muerte en sus versos, como en el poema “El sueño”: “En un desierto valle, agonizante, / con plomo en el pecho yo yacía, / y sangre de mi herida humeante / despacio, gota a gota, se vertía //”.

No en vano, advierte M. Chílikov al final de su introducción, Anton Chéjov consideró a Lérmontov su principal maestro, tanto que llegó a decir de él: “No logro comprender cómo pudo escribir una cosa así siendo casi un chiquillo todavía... No conozco un lenguaje mejor que el de Lérmontov”. Maestro de maestros, la temprana muerte de Lérmontov deja siempre en el aire la pregunta de hasta dónde hubiera podido llegar su literatura de haber contado con más años de vida para seguir escribiendo.

Fernando Palacios León